

SELVA DE FABULA

Jan Antonio González Iglesias

Profesor de Literatura de la Universidad de Salamanca.

A
gua serena, horizontal, miniada
por vespéral heraldo que trasvasa
de un elemento a otro la hermosura,
suma los campaniles y los álamos,
selva de fábula, antes de la hora
imprecisa en que logre la penumbra
disolverla, y sus pájaros románicos,
que al sol trinaban como arbóreas aves,
duerman la noche al lado de los peces,
y las gárgolas góticas se ahoguen
gurgitando el argén inagotable,
naden sierpes, sirenas cobren vida,
bizantinas escamas se humedezcan
por retomar su tacto subacuático,
al légamo retornen las veneras
que sembraron de amor austeros muros,
las columnas corintias arrogantes
arrastren el acanto entre el acanto,
en los juncos se enreden cresterías,
perezcan los escudos granducales,
anegados los lirios de la heráldica,
y buscando la orilla tal batracios
los monstruos salten de los capiteles,
de los crueles poliedros en que estaban
sometidos a claustro y miniatura,
los espejos barrocos se sumerjan

en el fluvial, hundidas las que fueron
coronas de la piedra, abandonadas
destruyéndose, náufrago tesoro,
y las naves sean naves verdaderas
galeones tal vez que se deshacen,
gastadas por los siglos sus monedas,
un medallón tras otro, las efigies
de los reyes de España, hacia el olvido,
y la corriente arrastre los pináculos
como inservibles mástiles, más frágiles
en la vorágine del sol que muere,
abatida al final la arquitectura
por el atardecer, tan levemente
que no recibe asombro ni mirada,
y el cimborrio romano, el florentino,
barroco inexorable, sin urgencia
se borren ilusorios sobre el agua,
tras tanta vanidad se desvanezcan,
vanos ellos, sus sueños de cumplirse
como torre o linterna que alumbrara,
de tocar con su cúpula la Cúpula,
y la sede flamígera conozca
su destino glorioso, y ni siquiera
perdure la memoria de las brasas
de altura imaginal de tanta altura,
y vencido por fin, el corazón
cruce el dolor por tanto como pierde
cada tarde y no pueda silenciarlo,
ciudad mía en fulgor edificada,
en el cristal se salva, en la belleza,
en la serenidad, la precisión
con que alza otra ciudad aún más exacta
hacia el sueño orientada, construida
sobre el agua que fluye que es tan sólo
la aceptación de lo perecedero.